

JOSE GONZALEZ ORTIZ, colaborador del Boletín Municipal desde hace mucho tiempo, nos escribe con motivo del trabajo que le publicamos en este número: «...lleva una gran dosis de imaginación, pues me salgo de la trayectoria que sobre estos temas acostumbro a seguir, pero siempre partiendo de una realidad existente y tangible. Lo subtítulo ARQUEOLOGIA-FICCION ya que lo que no quede muy claro para la lógica entra dentro de la justificación por la imaginación...».

«...hay frases que dejo sueltas a modo de preguntas o entre signos de admiración. En ellas el lector queda en libertad de admitirlas o no, pero siempre parto de una realidad existente».

Lo cierto es que el autor es incapaz de dejar de lado el auténtico sentido científico del investigador, y hasta a la imaginación la envuelve de hallazgos reales, legajos antiguos e historias pasadas pero certificadas. Cuestión de seriedad.

La Sierra de Calatrava, Altar de los Dioses

(Arqueología-Ficción)

Si una coincidencia se viene repitiendo a lo largo de la historia del hombre, habrá que prestar atención a los motivos que la origina; si un sentimiento hacia algo distinto y superior se traduce en algo concreto, habrá que pensar en una realidad.

Si observamos detenidamente la Sierra de Calatrava, serranía que arranca sus espolones cuarcíticos en la población de Puertollano y se extiende de Oeste a Este hacia el sacro convento-fortaleza de Calatrava, de donde esta serranía toma su nombre, veremos ciertas «casualidades», reflejos de culturas pasadas que inevitablemente nos inducen a unir los variados indicios existentes y a elaborar unos criterios que, a juicio de algunos, bien pudiera considerarse una elucubración mental y dentro del terreno de la especulación imaginativa.

Pero aún siendo conscientes de este aspecto, vamos a emprender un recorrido por la historia del hombre (nuestra historia local) y su vinculación con esta enigmática sierra.

Sobre el año 2.000 antes de Cristo, aproximadamente, el hombre prehistórico que deambulaba por la comarca de Puertollano, siente la necesidad imperiosa de elegir un punto concreto de esta serranía (a 7,5 kilómetros de Puertollano) para establecer algo parecido a un santuario, en un lugar donde las características geológicas y ecológicas le atraen especialmente.

Este lugar, a igual que otros de características similares, se le ha dado a llamar por la arqueología clásica: «Abrigos con pinturas rupestres», lo que para los hombres de la prehistoria constituiría un paraje especial vinculado a una idea transcendental.

Dicho Abrigo prehistórico se decoró con algo más de 22 signos esquemáticos, que a nuestra mentalidad actual no dicen nada, pero, indudablemente, a los hombres del principio de

la Edad de los metales les serían de una importancia capital. Dichos signos esquemáticos constituyen verdaderos símbolos; y el símbolo, a lo largo de la historia de la humanidad, ha constituido y constituye un puente con otros universos.

En otro lugar de la Sierra de Calatrava, concretamente en la zona conocida como «Cerro de Santa Ana» y en el paraje popularmente llamado «Chimenea Cuadrá», no lejos de la construcción, se estableció un poblado de la Edad del Bronce Argárico (sobre el año 1800 al 800 antes de Cristo, aproximadamente), justamente en una de las partes más elevada de toda la serranía de Calatrava (900 metros de altitud).

¿Qué es lo que justifica dicho enclave prehistórico a esa altitud?

— ¡Bien podía haberse tratado de un lugar defensivo, o un hábitat; pero un hábitat bastante inhóspito y duro y más cuando la vida es mucho más fácil en los terrenos aluviales del río Ojalén, con sus pastos y aguas en donde la incipiente agricultura y ganadería permitirían una mejor vida!

¿No se trataría de un nuevo santuario?

— ¡Dicho lugar, bien pudiera haber sido algo parecido a un observatorio astrológico, en donde se hicieran observaciones sobre algunos astros de nuestro firmamento (Sol, luna, estrellas, etc.), aunque también cabe la posibilidad de que se venerara a alguna divinidad prehistórica, o la llegada de estaciones climáticas (períodos de recolección, caza, etc.) (1).

No lejos del lugar y ya en términos de Argamasilla de Calatrava, mirando hacia el valle del Turruchel, se levanta otro montículo cuya altitud está próxima a los 800 metros y en cuya cúspide se halla la mal llamada «Sala de los Moros», construcción megalítica tumular utilizada como monumento funerario en la Edad del Bronce final y durante la Edad del hierro. El lugar es impresionante por la altura y por el panorama que se divisa; pero lo que realmente es impresionante y enigmático es observar los bloques de piedra que forman el monumento, muchos de los cuales sobrepasan la tonelada de peso.

¿Construirían este templo funerario para un sacerdote o casta familiar concedora de extraños secretos misteriosos? (2).

¿Qué justifica tal construcción, en una etapa histórica del hombre (Edad del Bronce final, Edad del hierro), en donde el megalitismo está en cierto modo cronológicamente desfasado, ya que pertenece a otras etapas culturales anteriores?

También próxima a la «Sala de los Moros» existe otras dos construcciones funerarias de características megalíticas (El Bú y Cerro de la Zarza) pertenecientes a la Edad del Bronce, ambas situadas en pequeñas elevaciones de la Sierra de Calatrava.

La necrópolis de época tardorromana (siglo III después de Cristo, aproximadamente) descubierta en el mes de Marzo de 1978 cerca de Puertollano, constituye también un caso curioso: los enterramientos están situados próximos a las faldas de la serranía de Calatrava, realizados en su mayoría en roca de cuarcita procedente de la misma sierra, y los cadáveres están casi todos (excepto los enterramientos colectivos)

(1) A estas conclusiones llegamos en vista de: la altitud del lugar, las características geológicas y la presencia de material arqueológico de la Edad del Bronce, que induce a pensar que el lugar fue frecuentado periódicamente para unos fines concretos y no específicamente como lugar de hábitat.

(2) Podría tratarse de personas con cierto nivel de conocimientos superiores al resto del grupo tribal, y al mismo tiempo con cierto poder sobre el mismo, siendo por tales motivos «destacados» con este monumento funerario, que indistintamente podía servir como nexo o vínculo con una idea superior (santuario).

vos que aparecían unos restos mezclados con otros) mirando hacia Levante y de espaldas a dicha sierra.

¿Cuál es el motivo de esta disposición?

En época más próxima a nosotros, año 1575, los cronistas de Felipe II nos describen la ermita que existía en el Cerro de Santa Ana, cerca de donde en un principio existió un yacimiento prehistórico de la Edad del Bronce, (curiosa coincidencia), ya descrito al principio de este trabajo, esta ermita consagrada a Santa Ana y en donde también se veneraba a San Joaquín, por aquellas décadas ya arrastraba de tiempos anteriores algunas leyendas curiosas y enigmáticas.

Una de ellas, hacía alusión a un enebro que destilaba aceite continuamente, de aquí que a dicha ermita se la conociera también con el nombre de Santa Ana del Enebro, la descripción que nos hacen los cronistas de Felipe II sobre dicho fenómeno es el siguiente: el Enebro «destilaba aceite cuanto la lámpara de dicha ermita podía gastar siempre de noche y día».

Las mismas fuentes nos hablan de una fortaleza antigua en el mismo lugar, y antes de la construcción de la ermita, que no correspondía con los restos más antiguos de la Edad del Bronce.

El Catastro del marqués de la Ensenada, nos menciona dicha ermita en el año 1752, que, posteriormente, debido a su estado ruinoso se abandona y termina por desaparecer.

Por debajo de la ermita y en una cueva próxima, cuentan también las mismas fuentes que apareció oculta la imagen de Santa Ana.

Personas mayores de Puertollano me contaron relatos transmitidos oralmente de sus antepasados; uno de ellos, curiosamente, hace alusión a la imagen de Santa Ana: «La imagen era como de madera pintada y representaba a una señora sentada, que tenía en sus rodillas otra imagen de mujer a su vez sentada en la primera, y ésta tenía como un niño Jesús en sus brazos», descripciones que coinciden perfectamente sobre el tema que la religión cristiana hace de la «Madre de la Virgen María y el niño Jesús».

Otras personas, recientemente, me contaron de que sus abuelos llegaron a contemplar dicha imagen de Santa Ana en la Iglesia de la Soledad de Puertollano, pero en la actualidad se ha perdido todo vestigio.



Cerro de Santa Ana (Chimenea Cuadrá)

Esta cueva, ya aludida anteriormente, fue frecuentada por un personaje pintoresco de Puertollano (fallecido ya hace años), llamado D. Leocadio Guerrero, popularmente conocido por: «El Locadio», hombre eremita con fama de poco cuerdo; vestía ropajes blancos (blusón y pantalón), andaba descalzo, llevaba el pelo largo y la barba bastante crecida, nevada e hisurta, siendo su aspecto de hombre misterioso e intelectual, poco dado a hablar y sí mucho a meditar. Se dice que habitaba en una cueva de la sierra de Puertollano y frecuentaba asiduamente la cueva de «la Chimenea Cuadrá» (Sierra de Calatrava), conociéndose hoy día también como «Cueva del Guerrero».